rida como por un rayo por la asquerosa revelación del vicio de Carlos y por la lúgubre revelación de su muerte, cae en cama, enferma, muere. Aquel sacudimiento moral despierta á la aletargada Tonta, que recuerda en entrecortada frase las fases de su vida:

—«¡No sé! ¡No sé quién soy! ¡Era muy pequeña, ¿sabes?, era muy chiquita....., me llamaban Clara....., la niña! Uno de barbas blancas me besaba: era papá. Mamá rezaba, rezaba, rezaba como ella, que se ha dormido; me enseñaba Virgen ¡como ésa! Daban bombones. Luego, uno muy negro, de barbas muy sucias, pegarme....., ¡hacía daño! ¿sabes? Tapó ojos, tapó boca....., me puso en noche, muy noche, ¡muy noche! Dormí. Luego la ciega, luego Don, pintar sin ropa, daba caramelos, daba bombones. Luego tú hacerme sangre, andarme aquí, aquí, en cabeza; yo dormida, ¡yo veía todo! Luego ella, ¡como mamá! ¡Rezar como mamá! ¡Llorar como mamá! ¡Virgen me dijo que ella iba á dormir! ¡Virgen me mandó despertar!»

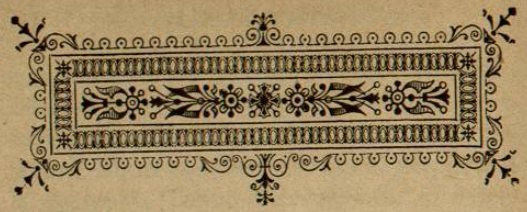
¡Jesús también había despertado! La piedad y la muerte de su hermana, el amor que ya sentía por la Tonta, el renacer de ésta, su amor á la Virgen, habían hecho al médico verdadero creyente. Pero la Tonta era amada de Jesús y de León: ella decidirá; y la elección no se hizo esperar: Jesús la había martirizado, León la había acariciado; era, pues, de León. El pobre Jesús queda al fin de la novela cargado con la cruz que su curiosidad malsana y su falta de fe le labraron: ahora, al menos, cree y se resigna.

DII MAIORES

I. Algo de Sienkiewicz.—*Novelitas cortas.—¡Sigámosle!*

II. De Muñoz y Pabón.—*Paco Góngora.—La Millona. Javier de Miranda.*

III. D. Adolfo Clavarana.—El hombre.—El escritor.



I

Con su *Quo vadis?* ha llenado Sienkiewicz, el novelista polaco, el mundo con su fama. Presentemos ahora una colección de novelitas que agradarán á las almas artísticas. ¡Lástima que no las podamos leer en su original! Toda traducción, y más si no es excelente, hace verdad aquello de «los tapices del revés», que dijo el otro.

Así y todo, ¡qué influjo el del ideal estético! Nadie que lea estas páginas podrá substraerse á él. En él late el corazón de Sienkiewicz, que ha sabido identificarse con el del pueblo polaco esclavizado por Prusia, con el de todo sér desgraciado—y esto es lo más artístico—que sufre la prepotencia ajena y que agoniza en la obscuridad que da la falta de favor ó la parcialidad ensoberbecida.

Dos palabras de análisis.

Bartek el Victorioso es la primera de las novelitas; su acción sencillísima. Reclutado Bartek por los prusianos en la Polonia alemana, va á la guerra con Francia; vencedor en Gravelotte, Sedán y París, y hecha la paz, vuelve á su aldea con los vicios del cuartel; la usura alemana le arruina, y acaba en la cárcel por defender á su hijo Frank de la violencia de un preceptor prusiano.

En esta acción sobresale el carácter típico de Bartek. Estúpido primero, sin saber adónde va ni quién son los franceses, se revela después un héroe. En Gravelotte los alemanes quieren para sí la gloria, y ordenan la inercia á los batallones polacos; Bartek siente primero impaciencia, después la sangre como plomo derretido, luego dolor al ver caer uno y otro de sus compañeros. Recibe al fin la orden de pelear cuando ya los prusianos no pueden resistir á los franceses, y su coraje, su arrojo, sus fuerzas de atleta, el terror que pone en los enemigos, las cuatro banderas que les coge, la admiración que en todos excita, son una aureola alrededor del héroe polaco; la envidia prusiana, los elogios de los oficiales alemanes tibios y mermados, porque es «un polaco imbécil»; las cruces sin pensión que le dan, los estériles apretones de manos con que le recompensan, todo esto escuece un ánimo noble, como una

bofetada que se diera en el rostro de la maniatada Polonia.

Lo demás, hasta el desenlace, no es más que un agravante. Los insultos al valor polaco se repiten en Sedán y en París; los hijos de Polonia dan su sangre; la gloria y los ascensos van á los oficiales prusianos. El pobre polaco Bartek vuelve á su casa; allí encuentra á su mujer, que se ha sostenido pidiendo dinero á un usurero alemán; él, Bartek, vuelve enviciado, borracho, malhablado, holgazán; la victoria contra Francia sólo ha servido para ensoberbecer á Prusia, que extiende sus cadenas sobre Polonia, y logra oprimirla más aún; maestros prusianos abofetean á Frank, hijo del héroe de Sedán; éste le defiende y es condenado á la cárcel.

He ahí esta novelita de Sienkiewicz, que es como el poema de la esclavitud de Polonia.

* * *

Las demás se mueven en la misma atmósfera saturada de llanto, aunque sonroseada por la luz de la resignación cristiana. *El guardián del faro de Aspinwal* es un polaco que halla el ansiado reposo, siendo torrero de un faro puesto muy adentro del mar. Mas un día cayó en sus manos un libro de Polonia; embebecido en su lectura, no encendió el faro y fué despedido.

Arrastrado por el turbión de la vida, no es del todo desgraciado: lleva el libro, el amigo que le habla de su Polonia.

Yanko el Músico es un niño anémico desde su nacimiento, un manojito de tallos de violeta informado por un alma poética, grande; era además pobre, iliterato, mas bullía en él el genio de la música. Con una corteza de árbol, una rama y unas cerdas hizo un como violín; lo toca sin maestro; si va á la iglesia, la música sagrada le hace caer desfallecido; si pasa por la calle y oye un instrumento, un violín, pega su cabeza á las rendijas de las puertas ó de las ventanas; estando así, no siente el frío ni los golpes de los que le toman por un pilluelo. Lleva en su alma la luz del genio; mas ¡ay! en vaso tan frágil y expuesta á tantos golpes en el prosaico mundo, que al fin y al postre.....

En efecto: el mundo no tiene ojos para ver la luz tras aquel exterior miserable. Un día pudo Yanko, estático, contemplar un violín, y furtivamente se lanzó á tocarlo; unos lacayos forzudos lo cogen *in fraganti;* la policía lo condena á unos cuantos golpes para escarmentarlo..... y para quebrar también el vaso de arcilla.

Su madre lo recoge exánime, y el músico frustrado se duerme para despertar en las perdurables armonías de los ángeles.

Sienkiewicz es artísticamente inexorable. «La familia dueña del violín y del palacio donde ocurre la tragedia de Yanko, vuelve de Italia, repitiendo: ¡Italia, país de artistas! ¡Qué dicha descubrir un genio y protegerlo! Los álamos de la tumba de Yanko modulaban un himno funeral.»

* * *

El *Extracto del diario de un preceptor de Posen* son como páginas arrancadas á la cartera de uno de esos profesores que hay en Alemania para repasar á los alumnos que cursan en los liceos. Este de Posen nos cuenta los afanes de un niño polaco, Mihas.

Si Yanko muere por la pisada indiferente del prosaísmo, Mihas es la víctima del imperio de la fuerza. De débil complexión, de mediano talento, de sumo pundonor, de infinito amor á su madre, Mihas asiste á una escuela alemana, con profesores y condiscípulos alemanes, con plan de estudios alemán, y entre las varias asignaturas del método cíclico estudia el difícil y odiado alemán.

Mihas no ama la ciencia, porque el aula es para él un martirio; pero ama á su madre, y el deseo de llevarle buenas notas mantiene al mártir en su cruz. Trasnochar, perder la comida, privarse de todo esparcimiento, era una

tribulación ordinaria en él; llegar á clase agitado por sus zozobras indescriptibles, pasarla como sobre ascuas, oir sólo una áspera reprensión, era tormento tolerable; pero la mala nota, la mala nota que hería el corazón de su única inspiración, de su madre, y la mala nota dada por el prusiano, por odio á Polonia, porque Mihas no blasfemaba de Polonia, y dada entre befas de condiscípulos prusianos, y exagerada gradualmente hasta llegar al descrédito, á la expulsión....., eso era un suplicio mayor que la resistencia orgánica del mártir.

Y así fué. En vez de ir á vacaciones, el pobre polaco, expulsado del liceo, cae en enfermedad mortal; en el delirio de la calentura repite la conjugación del *werden* alemán; su madre le da el último beso mientras él murmura: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué está triste mi alma?» La alegría eterna le esperaba.

Parecidos argumentos tienen *El organista de Ponikla* y *Lux in tenebris;* en mérito nos parecen inferiores á las analizadas.

* * *

Fama universal tiene adquirida E. Sienkiewicz entre los católicos, y le celebran como gran novelista y grandísimo pintor de costumbres de la primitiva Iglesia. Por eso se apresuraron á traducir en todas las lenguas á *Quo*

vadis?, y por eso también, aunque en menor grado, se ha traducido, encomiado y popularizado á *¡Sigámosle!* No es este entusiasmo tan grande como el que despertó el autor de *Los Mártires*, pero se le acerca. Y también se parecen, y no poco, Chateaubriand y Sienkiewicz.

Chateaubriand alzó su voz de neófito y de artista en medio de un siglo seco por las rigideces clásicas, deslumbrado por las falsas filosofías enciclopédicas, descatolizado por las burlonas impiedades volterianas, y cuando en *El Genio del Cristianismo* y en *Los Mártires* osó afirmar que en Jesucristo y en el Cristianismo hay belleza, para describir opulenta y lujosamente la parte sublime del «¡Yo soy cristiano!», del influjo de las ideas católicas en sociedades y en pueblos, Europa, que tenía sed de religión, que sentía como una voz mal formada en su conciencia que le estimulaba á negar los cánones fríos é impíos de Boileau y de Voltaire, se entusiasmó con Chateaubriand, y no supo ó no pudo reparar y distinguir lo superficial, convencional y de sentimiento que allí había, de lo verdaderamente cristiano. Con bastante exactitud describe un elogiado crítico (1) este efecto, al asegurar que, «teniendo *Los Mártires* bellezas inmortales, lejos de asegurar el

(1) Menéndez y Pelayo. *Ideas estéticas*, t. VIII, pág. 204.

triunfo de la Musa de la Verdad sobre la Musa de las Ficciones, como se anuncia en la invocación, todo lo que es ó quiere ser cristiano resulta lo más débil, y, al contrario, los recuerdos de la musa homérica tienen mucha gracia, sencillez y encanto»; y que «Chateaubriand podía tener en cierto grado la imaginación cristiana, pero tenía pagano el sentimiento».

Y he aquí lo que me parece acaecer con Sienkiewicz, y que la crítica católica de grado callaría si no fuera tanta su fama ni se viera peligro en dejarla correr sin alguna advertencia.

Asfixia hoy día á todos los espíritus, en todas las artes bellas, el materialismo de la concepción, la lujuriosa voluptuosidad de la ejecución, el realismo que chorrea sangre y palpita con concupiscencias, y, en cambio, son los destellos de arte cristiano muy pálidos, parecidos á la imaginería devota de cromos y barros de la calle de Saint-Sulpice de París, de Benziger en Suiza, ó de sus sucursales en Barcelona y Valencia. Ejemplos de una literatura lamida, amanerada, rutinaria, exangüe, fría..... ¡Hay excepciones, brillantes excepciones; pero al fin y al cabo excepciones!

Pues en este medio literario y artístico se presenta Sienkiewicz, con dotes no vulgares de novelador, con la imaginación cargada de concepciones, con la paleta llena de colores, con la palabra fácil, dócil, sumisa á las órdenes de la

imaginación y del corazón; vástago de un pueblo atormentado y dilacerado, sabe sentir en su alma polaca el amor y el dolor; sabe oir el mugido de las tempestades morales, y, cristiano también, siente en el Cristianismo aquello que está más en contacto con su estado anímico y moral: la lucha del imperio romano con la Religión; los desfallecimientos de la lucha de los cristianos con el imperio neroniano, sus opresiones y trabajos, su victoria bañada en sangre, y la esperanza en Jesucristo, que cura los cuerpos y las almas, que sana los individuos y las sociedades. Estas son las ideas dominantes de *Quo vadis?* y de *¡Sigámosle!*

Y esto, que representa una gran antítesis con aquello otro, no ha podido menos de orear los rostros de los católicos, de dilatar sus corazones, de consolarlos, de refrigerarlos en la asfixia que padecían. Este aplauso, así entendido, sobre ser justo, es consolador. Sienkiewicz es una protesta contra Zola, y por eso se le aplaude.

Bien está.

Pero, estudiado Sienkiewicz profunda, imparcialmente, según los grandes maestros del arte cristiano, ¿puede satisfacer, es modelo intachable, es para nosotros los españoles una revelación, un maestro?

Todo esto tendría dilatada explicación en *Quo vadis?*, donde lo mejor es la pintura del

paganismo y sus costumbres. Pero también participa de esto la novelita *¡Sigámosle!*

Cayo Séptimo Cinna, patricio romano, era guerrero, filósofo, retórico; de opulento, acabó por arruinarse: en su desgracia buscó la paz en el saber, en los cargos públicos, en los placeres; pensó hasta en el suicidio, todo en vano. En medio de su hastío, tropezó con un filósofo griego completamente escéptico é incrédulo de todos los dioses idolátricos; éste esperaba la felicidad, mas sin saber cómo le vendría. El filósofo griego tenía una hija, Antea la llama el novelista, verdadera flor de inocencia, pero velada entre nubes de misterio. Desposados Cayo y Antea, comienza lo doloroso y culminante de la novela.

Detengámonos aquí, y dirijamos una mirada á lo pasado: se observa que el novelista ha cuidado esmeradamente del detalle decorativo, del menaje de las habitaciones, de la expresión técnica de los hábitos, escuelas, sitios públicos de los romanos, de trasladar la acción desde Roma á Alejandría, de Alejandría á Menfis, para presentar varios usos, costumbres, escuelas dentro de la gentilidad. No se le regatee la alabanza que por ello merece. Perdónesele también que los personajes estén más bien descritos que introducidos en acción, que se nos diga qué son y no los veamos obrar.

Al leer esta primera parte se acuerda uno de

las obras de San Justino M., y allí de sus dudas, de sus peregrinaciones de una en otra escuela por buscar la verdad; y sin salir del terreno literario se vienen á la memoria el famoso Mágico calderoniano; su menos famosa pero notabilísima Eugenia, el José de las mujeres, y se comprende que es más dramático verlos dudar, verlos inquirir, verlos vacilar, que cuantas afirmaciones oigamos de sus dudas, inquisiciones y vacilaciones. Entremos ya en la segunda parte de la novela, que es mucho más débil que la primera.

Antea, sin saber los lectores la causa, empieza de repente á ser atormentada por visiones infernales: son tantas, tan insistentes, tan terribles, que la debilitan, la enloquecen, la marchitan, la ponen á punto de muerte. Las furias de Orestes sabemos por qué le afligen; estas furias parecen no querer sino su conversión: ¿será que quiere indicarnos Sienkiewicz que hasta el infierno concurría por disposición divina á la ruina del gentilismo?

Antea es llevada por su padre y su esposo á Jerusalén en los días precisos de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor.

Ciñámonos al relato del novelista.

Pilato, amigo de Cinna y Antea, después de haber condenado á Nuestro Señor, y mientras éste va al Calvario, se dedica á visitar á la enferma; cuenta allí á Antea y á su familia sus

impresiones que del juicio ha sacado, y pone deseo de verlo con sus propios ojos.

Dicho y hecho: en una litera llevan á la marchita joven, y tan buena maña se dan, que se presentan en el Calvario en el instante mismo de entrar el Redentor; presencian la crucifixión, la muerte y los fenómenos naturales que á ella siguieron. Sólo ver á Nuestro Señor Jesucristo, á quien con frase fría se llama siempre el Nazareno, conmueve el corazón de la joven, que le arroja unas flores de manzano á su paso; oyó después que un hombre del pueblo confiesa haber sido por Él curado, y llena de estos afectos se retira á su casa, donde al tercer día ve un rayo de luz, y á su claridad al Salvador que la llama. Sana y buena, exclama Antea: «¡Sigámosle!» Su padre y su esposo repiten creyentes: «¡Sigámosle!»

Instintivamente al ir leyendo estas páginas en que el novelista moderno prescinde casi del todo de la realidad evangélica, adornando su narración con flores contrahechas, se vienen á la memoria páginas y páginas de nuestros ascéticos y poetas sagrados, de León y de Granada, de La Palma y de Hojeda, rehenchidas de la majestad imponente que da la verdad evangélica, y se ve cuánto media entre aquel sobrenatural sentido y estos aparatos humanos. Porque, en primer lugar, Pilato apenas si se sirve del majestuoso coloquio que nos refiere

San Juan, y del cual se hubiera podido sacar tan gran partido, sino que hace hincapié en unas palabras que indica ser de Jesucristo, y que Sienkiewicz pone de su propia minerva:

«Afirma que el mundo existe por la sabiduría y la moderación..... Los estoicos..... no exigen, como él, la renuncia de todo, desde las riquezas hasta la comida cotidiana..... Esto, ó algo parecido, es lo que el Nazareno exige á sus discípulos. Enseña también que los hombres todos debemos amarnos como hermanos: judíos y romanos, romanos y egipcios, egipcios y africanos..... todos. En fin, que al oir tal disparate me cansé de prestarle atención.....»

Desde la cima del Calvario ve Antea subir la fatal procesión. Al empezar á leer este capítulo ¿quién no recuerda el libro XI de *La Cristiada*, la inolvidable meditación del V. P. Granada para el jueves por la mañana, y con más realismo y precisión histórica el cap. XXVII de la poco conocida *Historia de la Sagrada Pasión*, por el P. La Palma?..... Pero no era esa la inspiración de Sienkiewicz. Él describe mantos, colores, marlotas; la faz de los ladrones, y olvidando á San Mateo, que nos dice que le quitaron la púrpura y le pusieron sus vestidos para sacarlo á crucificar, nos hace ver al Salvador entrando en la cima del Calvario como un héroe melodramático.

Pero hable el mismo novelista:

«Ante todo, dos caras repulsivas y siniestras de bandidos; luego un campesino de alguna edad..... El Nazareno iba detrás de las cruces, entre dos soldados. Cubría sus hombros un manto de púrpura..... Estaba pálido y avanzaba pausadamente, con andar débil, pero majestuoso.....»

Sienkiewicz volvió las espaldas á la sublimidad evangélica, y el Evangelio se vengó de él, dejándole en manos de estos resortes humanos y gastadísimos.

Lo restante es al mismo tenor.

No se aprovecha ningún dato evangélico, ni la presencia de Nuestra Señora, ni la contrición de Dimas, ni el perdón de Jesucristo, ni la voz de su expiración, ni la confesión del Centurión, ni el eclipse maravilloso; pero, en cambio, «el Nazareno (¡siempre el Nazareno!) extendía una mirada de amor..... elevaba los ojos al cielo..... oraba en silencio..... y perdonaba..... Antea se desprende de su litera, recoge los jacintos y las flores de manzano que la adornan y se las arroja á los pies del Nazareno.....» «Un mendigo grita y los rayos cruzan la atmósfera con horrenda tempestad.....» Todos estos datos pálidos, novelescos, melodramáticos, zarzuelescos, sustituyen á la severa sublimidad del relato de fe.

* * *

Lillian es otra cosa. Es una novelita más larga que la anterior, de argumento vulgar; pero sentido, visto, lujosamente escrito. No trata sino de los amores de Ralph *el Soberbio*, aventurero audaz y jefe de emigrantes en la América del Norte, con Lillian, joven americana, que supo cautivar al feroz y semisalvaje protagonista. La vegetación exuberante de las riberas del Misisipí, las maravillas de aquella naturaleza gigantesca, los páramos dilatados, los bosques impenetrables, los torrentes, las montañas, las caravanas, las mil peripecias de la larga y casi bíblica peregrinación, el matrimonio con Lillian, la pérdida en el desierto, el hambre de todos, la fiebre de Lillian, su muerte, su sepultura, todo está en esta novela en acción, vivo, sentido, pasado. Aquí no hay vaguedades ni descripción, sino acción de caracteres, y despliega en ella Sienkiewicz sus cualidades de buen novelista.

En el prólogo nos asegura el autor que durante su permanencia en California, entre sus compatriotas polacos allá emigrados, había oído esta relación á uno de ellos que, como á sí mismo sucedida, se la contaba. Después de leerla queda la convicción plena de que verdaderamente así debió ser.

II

Paco Góngora, por D. Juan F. Muñoz y Pabón, presbítero.

Esta novelita, dicho sea en su elogio, recuerda la joya de D. Pedro A. de Alarcón, *El Escándalo*. Nuestra enhorabuena á este presbítero del clero secular sevillano, que tan artista y buen novelador se retrata en sus obras.

Paco Góngora, el protagonista, es ya personaje conocido en *Justa y Rufina*, otra novela del propio autor, y no ciertamente por sus milagros. Olvidado de sus calaveradas, viene á Matojos, pueblecito lindante con Cascotes, antiguo teatro de sus fazañas, á buscar paisajes auténticos, porque el tal Góngora es aventajado pintor; traba amistad con el médico, D. Manuel Sanjurjo, y con María de las Penas (*Penitas*), su hermana; piensa por primera vez en su vida en hacer á una mujer su esposa, y ésta es *Penitas*.

Una de tantas casualidades hace que al ir ella á tomar informes sobre la vida de D. Francisco Góngora, se halle con la más amarga revelación: la joven se resuelve á «huir de él como de un leproso», á pesar de su afecto; y Paco Góngora, herido con la despedida como